

CAPÍTULO SEXTO
EL FENÓMENO DE LAS IDENTIDADES Y SU REPRESENTACIÓN
LITERARIA

...en lugar de pensar la identidad como un hecho ya consumado...deberíamos pensar en la identidad como una “producción” que nunca está completa, sino que siempre está en proceso y se constituye dentro de la representación, y no fuera de ella.

Stuart Hall

El conjunto de las identidades, desde las individuales hasta las nacionales, es un fenómeno socialmente construido y en constante transformación; dichas características se manifiestan a través de uno de los fenómenos humanos más estrechamente vinculado a las identidades colectivas: la lengua. La lengua hablada, con su acento particular y sus vocablos propios, es expresión de los grupos humanos; y más allá de sus intrínsecos fines comunicativos, permite la identificación como un *nosotros* y la distinción de los *otros*. Por estas primeras razones pretendo en este capítulo el análisis del fenómeno identitario mexicano a partir de su representación a través de la lengua escrita, es decir, en el discurso literario, para percibir el cambiante proceso de su construcción social, que haya podido quedar de manifiesto en las páginas literarias.

La literatura se nutre de la realidad social, la razón humana, la imaginación y la lengua. Mediante el adecuado manejo de los registros orales llevados a la escritura, es posible percibir las notas

características de grupos sociales, regionales y/o nacionales. Considero que para los fines de esta investigación, el estudio de la representación literaria de la identidad mexicana puede permitir la correcta ubicación de la representación literaria de la identidad yucateca, así como el establecimiento de las semejanzas y diferencias que pudieran existir entre ellas.

Al igual que en capítulos anteriores iré entremezclando mi propio discurso al de otros investigadores de la temática aquí analizada y al de los escritores estudiados, para de este modo poder fundamentar y ejemplificar mi propia postura académica.

6.1. LA IDENTIDAD MEXICANA EN EL SIGLO XX.

Como he descrito ya al hacer referencia a los proyectos nacionalistas mexicanos, la identidad nacional mexicana inició en el siglo XX bajo los postulados del proyecto revolucionario, que intentaba enmarcarla dentro de los parámetros del mestizaje y el universalismo; revalorando las culturas indígenas, principalmente la azteca y en menor medida la maya; apuntando hacia un afán cosmopolita; tratando de homogeneizar al pueblo mexicano dentro de una definición dada por las élites intelectuales y políticas del momento, y revertida a través del arte nacionalista; negando u omitiendo las otras muchas características que estaban presentes en la cultura mexicana, pero que no se ajustaban con los derroteros marcados por y desde el poder.

“...la tendencia a vincular mestizaje y mexicanidad responde esencialmente a una búsqueda de identidad nacional.” (Basave Benítez, 1992:14).

Propongo en este sentido que fue a través del discurso político, de la educación oficial y del llamado arte nacionalista, que se fue

construyendo el modelo de identidad nacional generado por el proyecto revolucionario, y que fue de esta manera como se fue permeando el imaginario colectivo de la Nación. A medida que avanzaba el siglo, los medios masivos de comunicación -radio, cine y televisión- contribuyeron a la gestación y delineamiento de dicha identidad nacional; modelo de identidad que fue llevado fuera de las fronteras mexicanas, y que al retornar, de distintas maneras, contribuía a su vez al proceso de identificación estereotipada.

“El nacionalismo mexicano...creó entre 1920 y 1940 una larga serie de estereotipos que pretendieron sintetizar y representar aquello que se identificaba como lo “típicamente mexicano”...los estereotipos se cultivaron tanto en la academia como en los terrenos de la cultura popular, en la actividad política y...en los medios de comunicación masiva...el estereotipo tendió a ser hegemónico...buscó reunir algo válido para la totalidad de un conglomerado social, tratando de imponerse como elemento central de definición...” (Pérez Montfort en Blancarte, 1994:343-344).

El proceso de urbanización que México experimentó a partir de la segunda mitad del siglo XX, a mi parecer, le dio al modelo identitario cierta significación cosmopolita; el prototipo inicial de mestizo mantenía sus raíces autóctonas pero trataba, cada vez más, de insertarse en el modelo universal, es decir, se occidentalizaba. Estos hechos agudizaban la brecha existente entre el modelo de identidad nacional y el propio proceso de identificación masiva con él. Todo ello motivó el surgimiento de reflexiones en torno a la identidad mexicana, que tomaron un cariz académico cuando fueron hechas por los intelectuales y artistas, pero que también estaban presentes en el cotidiano alejamiento que el mexicano de la segunda mitad del siglo experimentaba con su homólogo de las primeras décadas. Reflexiones académicas en torno al fenómeno identitario que surgieron durante la

primera mitad del siglo y habrían de resurgir a fines del mismo; y a las que esta investigación se suma en cierta manera.

“...encuentro el mayor número de libros y artículos que tratan de contestar la pregunta “¿quiénes somos?” entre 1927 y 1950; después, un vacío casi absoluto; el problema se ha vuelto a plantear en estos diez últimos años.” (Romano en Blancarte, 1994:39-40).

A esta suma de fenómenos sociales, creo importante añadir el desarrollo cultural existente en aquellas capas sociales que no se encontraban en la propia delimitación oficial de la identidad nacional, pero que actuaban dentro de la cultura mexicana. Como fue el caso de los grupos descendientes de migrantes europeos, asiáticos y americanos (en toda la extensión de su significado) que formaban parte del grupo mexicano, conservando en mayor o menor medida determinadas raíces culturales. Pueden observarse algunas de estas circunstancias en la cita siguiente:

“En 1934, cuando se impulsa en México un proyecto de *educación socialista*...se acusa a las iglesias protestantes de ser portadoras de un culto extranjero y enemigas por este hecho de los intereses de la nación...” (Mondragón en Blancarte, 1994:306).

Es decir, el concepto de identidad nacional estaba en gran medida vinculado al catolicismo como expresión cultural, incluso ante los grupos socialistas; circunstancia que pretextaba la exclusión de otros grupos sociales no considerados como *nacionales*.

De igual modo, los regionalismos existentes en el país, durante el transcurrir del siglo fueron perfilando sus propias definiciones, a partir de la cercanía o lejanía experimentada con respecto al modelo de identidad nacional. Uno de los regionalismos que más transformó su propia delimitación en estos términos fue el yucateco; sostengo lo anterior pues

interpreto que es precisamente a partir del proyecto nacionalista mexicano, que la identidad yucateca vio cuestionada su propia configuración por parte del Estado Mexicano. Hecho que dio lugar a la confluencia de ideologías opuestas en la región *-nacionalista-yucateca*⁶⁰/nacionalista mexicana-, y que finalmente se sintetizaría en gran medida en la consolidación del regionalismo.

Es una constante en las investigaciones sobre Yucatán⁶¹ el concluir que a principios del siglo XX la población yucateca se encontraba dividida en dos grandes sectores: una pequeña clase alta y una mayoritaria clase baja. La clase alta la conformaban los descendientes de antiguos conquistadores y colonizadores de Yucatán, principalmente de origen español; a los que se habían sumado minoritarios grupos de otros orígenes europeos, estadounidenses y cubanos (estos últimos pertenecientes a la élite blanca de la Isla). La clase baja la componía un pequeño grupo de mestizos y una mayoría indígena de etnia maya, al igual que grupos inmigrantes de origen chino, coreano, libanés y yaqui⁶², principalmente, y en menor medida de algunos otros grupos étnicos nacionales. El grupo mestizo estaba formado por descendientes de mayas, antiguos sectores africanos, otros grupos étnicos del país, y algunos contingentes europeos. Este mestizaje se intensificaría con la paulatina integración de los inmigrantes chinos, coreanos y yaquis, durante las primeras décadas del siglo XX, asimilados principalmente a las clases sociales bajas de la zona. La integración del grupo libanés al sector mestizo sería posterior, lo haría durante la segunda mitad de la centuria, con características diferentes, pues su asimilación estaría más

⁶⁰ Terminología que utilizo para establecer una distinción entre los conceptos de nacionalismo mexicano, nacionalismo-yucateco y regionalismo yucateco.

⁶¹ Puedo mencionar entre otros trabajos: *La sociedad de Yucatán, 1700-1750*, de Manuela Cristina García Bernal, publicado en 1972; *Los tiempos en Yucatán. Los hombres, las mujeres y la naturaleza, siglo XIX*, de Alejandra García Quintanilla, publicado en 1986; *Sociedad y población urbana en Yucatán. 1950-1989*, de Luis Alfonso Ramírez Carrillo, publicado en 1993; *Yucatán. Sociedad, economía, política, cultura*, de Enrique Montalvo Ortega e Iván Vallado Fajardo, publicado en 1997.

⁶² Grupo indígena del norte de México.

dirigida a los sectores sociales de las capas altas de las zonas urbanas del Estado de Yucatán, si bien esto no niega su participación en el mestizaje con sectores sociales bajos en décadas anteriores, aunque este hecho fue menor en consideración con los otros grupos mestizos señalados debido a las prácticas endogámicas que llevó a cabo en un principio.

“...dos grupos diferenciados y jerarquizados: criollo e indígena...una estructura compleja en la que se articulan dos elementos étnicos...algunos grupos minoritarios...como turcos, libaneses, chinos, etc...dos grupos heterogéneos ya que cada segmento va a poseer intereses determinados que, algunas veces, son incluso contrapuestos.” (Pérez Herrero, 1995:277-278).

“Yucatán...identidad etnohistórica matizada por la...cultura...maya. En los siglos XIX e inicios del XX, la sociedad yucateca estaba todavía estratificada en sectores sociales étnicos que se parecían mucho a las castas coloniales...acompañadas de un aislamiento geográfico muy cercano al de una isla, más que al de una península...a mediados del siglo XIX se intensificaron los vínculos con Estados Unidos, Cuba y Europa, más que con el resto de México. En estas condiciones, los yucatecos desarrollaron una identidad regional particular, presente en la cultura dominante y en la popular, que alimentó el deseo de autonomía, la extrema susceptibilidad en contra de cualquier centralismo e incluso la declaración, en dos ocasiones, de independencia del estado.” (Savarino Roggero, 1997:26).

Los textos analizados en esta investigación denotan que para estos primeros años del siglo XX la distinción entre los grupos descritos era de carácter étnico principalmente, a la que se unían las condiciones socio-económicas. Por lo que deduzco era común en la sociedad estudiada el hablar de yucatecos haciendo referencia al sector blanco, denominación de la que quedaban excluidos los grupos mestizos y el grupo indígena maya. Es a partir de la llegada de la Revolución

Mexicana a Yucatán en 1915, que esta denominación, vigente durante siglos, parece haber empezado a cambiar lentamente; cambio que quedó presente en los textos literarios de la época. En capítulos anteriores he presentado las condiciones y características relativas a la situación geográfica, económica y política de Yucatán; situaciones a las que interpreto como motivadoras del desarrollo de un nacionalismo-yucateco, principalmente en los sectores dominantes de la zona. Opino que este fenómeno social fue transformado por la Revolución Mexicana, puesto que a partir de este momento, los textos literarios estudiados manifiestan que Yucatán empieza a ser considerado, y a considerarse, una región de México. Región en la que habitaban, por simple extensión del gentilicio, yucatecos.

“En Yucatán, a principios del siglo XX, todavía no desaparecían rasgos característicos de la sociedad colonial...mayas y mestizos, organizados, dirigidos y explotados por una población criolla...dividida en sectores. Una parte significativa, pero minoritaria de los criollos...había sido transformada...a la idiosincrasia empresarial...que si bien heredaba el orgullo señorial, lo había filtrado...con las doctrinas liberales...y...las tesis positivistas...Otra parte de la población criolla, mayoritaria...mantenía sus raíces y derivaba su orgullo de las encomiendas...así como en la especulación heráldica y la devoción por linajes de raza blanca...” (Paoli Bolio, 2001:23).

He venido hablando a lo largo de este trabajo académico del fenómeno de las identidades como un constructo social motivado, en la mayoría de los casos, por los intereses personales o colectivos de los grupos dominantes política e ideológicamente. Desde mi punto de vista, la Revolución Mexicana de 1910, junto con sus propuestas de reformas sociales y su proyecto nacionalista, influyó de manera determinante en los nuevos derroteros que seguiría la identidad yucateca a partir de 1915, identidad que prácticamente había permanecido inalterable durante los siglos coloniales, el siglo XIX y los principios del XX.

Yucatán iniciaba una lenta transformación que continuaría de este modo hasta la década de 1960, período en el que fluctuaría entre el nacionalismo-yucateco y el regionalismo, y entre las distinciones étnico-sociales y la identificación homogénea como habitantes de una misma región.

La segunda mitad del siglo XX traería para el Estado de Yucatán la completa comunicación terrestre con el resto de la República Mexicana; su papel de receptor de grupos sociales de otras partes del país; la unificación al modelo educativo mexicano en el nivel de los estudios de primaria a través de los libros de texto gratuitos, obligatorios, laicos y nacionalistas mexicanos; la recepción de la construcción social del imaginario colectivo mexicano emitido por la televisión del país; el fenómeno del turismo; la llegada de colectivos extranjeros que se afincaban en el Estado. Interpreto esta suma de factores como la causa que permitió que el fenómeno de la identidad yucateca tuviera una evolución más acelerada y profunda; identidad concebida ya como regional y como designación de todos sus habitantes por la mayoría de la población, persistiendo su antigua definición nacionalista-yucateca y de exclusión socio-étnica en un imaginario social minoritario. Identidad regional yucateca que fue estando, cada vez más, paralela a la identidad nacional mexicana.

6.1.1. ELEMENTOS FORMATIVOS.

Cien años de historia es un conjunto temporal muy amplio en el que tienen lugar múltiples acontecimientos y transformaciones de los mismos. He mencionado ya como probable corte, para los fines académicos de la presente aproximación a la identidad mexicana del siglo XX, la mitad de su transcurrir histórico; sin embargo la mirada podrá extenderse en algunos momentos con la finalidad de intentar lograr una representación más cabal del fenómeno estudiado.

Considero que los primeros cincuenta años del siglo XX fueron el escenario de la identificación nacional, dentro y fuera de México, con el ámbito rural. Los estereotipos del hombre y de la mujer mexicanos estaban más cercanos a las figuras del pueblo, del campesino, de la vestimenta típica, de un repertorio lingüístico cargado de voces populares, de la interpretación de la cotidianidad en base a una repetición de las tradiciones culturales y de los ritos católicos, de la manifestación y exaltación de los sentimientos a través de la música y la danza mexicanas. Los roles masculino y femenino intentaban definir la asimetría de ambas figuras, al mismo tiempo que proponían como modelo la repetición de las prácticas tradicionales atribuidas a ambas categorizaciones.

“El clásico ejemplo fue la...preponderancia del charro y de la china poblana bailando jarabe tapatío como típica imagen de “mexicanidad” por encima de cuadros regionales.” (Pérez Montfort en Blancarte, 1994:348).

A mi modo de ver fueron los medios masivos de comunicación los que desempeñaron uno de los papeles fundamentales en la tarea de difundir este esquema de identidad nacional mexicana. La radio, el cine y los primeros años de la televisión, transmitieron estos modelos de mexicanidad una y otra vez, conformando lo que se ha llamado la *época de oro del cine mexicano*, pero que yo extendería a los tres medios de comunicación señalados, pues la música e ideología transmitida por la radio estaba presente en las películas del momento descrito, las cuales a su vez pasaron a formar parte de la programación televisiva.

“Otro factor que también contribuyó...a esta creación de estereotipos nacionales fue el...crecimiento de los medios de comunicación masiva. El auge del teatro de revista en la primera y segunda décadas del siglo, seguido por el despegue de la radio y de la

industria cinematográfica mexicanas en los treinta y cuarenta, tuvieron mucho que ver en la creación de mitos y en la simplificación de los rasgos de identidad nacional.” (Pérez Montfort en Blancarte, 1994:348).

Las políticas gubernamentales de esta primera mitad del siglo XX estuvieron encaminadas a reformas institucionales, sociales, económicas, educativas, sanitarias y agrarias; teniendo fundamental representación en el México rural, aunque encaminadas ya al proyecto de urbanización que se consolidaría en la mitad restante del siglo. Fenómenos sociales que pueden apreciarse en las afirmaciones hechas por algunos de los investigadores de esta temática, de las que forma parte la cita siguiente:

“A pesar de que en esos años se fueron consolidando los estereotipos nacionales...la definición de “lo mexicano” buscaba modernizarse y romper con los aires tradicionalistas...” (Pérez Montfort en Blancarte, 1994:379).

Opino, como he explicado con más detalle en capítulos anteriores, que la educación oficial y el arte nacionalista fueron dos de las vías más importantes de la consecución de los fines nacionalistas; a través de ellas se difundía la valorización de las culturas autóctonas del país, se proponía la identificación del mexicano como ser mestizo, se apuntaba hacia la modernización de México, y en suma, se intentaba crear conciencia nacional, a partir de la exaltación cívica de los elementos postulados como valores mexicanos, de la repetición de tradiciones populares, de la señalización de héroes y símbolos patrios; todo lo cual se traducía en la conformación de un imaginario nacional sustentado en la memoria colectiva propuesta desde el poder. Imaginario y memoria que junto a la identidad nacional se manejaron como construcciones sociales,

“...lo que Pierre Nora ha llamado *lugares de memoria*...que “nacem y viven del sentimiento...hay que crear archivos...hay que mantener aniversarios, organizar celebraciones, pronunciar elogios fúnebres”...” (Rodríguez en Blancarte, 1994:130).

Por otro lado, pienso que el modelo de identidad nacional mexicana de la segunda mitad del siglo XX ha estado más sesgado hacia el fenómeno urbano. El cúmulo de acontecimientos históricos, sociales y políticos vividos por el pueblo mexicano en la primera mitad de esta centuria, y los que se experimentaron en la segunda parte de ella, motivaron una actitud reflexiva y crítica ante su propia sociedad, y por ende hacia su caracterización identitaria. Los roles masculino y femenino se volvieron más simétricos, alejándose cada vez más de los modelos tradicionales; una parte importante de la sociedad mexicana ajustó sus pautas de conducta dentro de los esquemas universitarios y profesionistas; el repertorio lingüístico mezcló voces populares, vocabulario academicista, préstamos lingüísticos -principalmente del idioma inglés-, conformando lo que hoy conocemos como el *español mexicano estándar*; la religiosidad, aunque permanente en la cultura, ha ido paulatinamente debilitándose en algunos sectores de la sociedad; las tradiciones populares, la música y la danza mexicanas, continuaron siendo reproducidas dentro de las pautas sociales y culturales de México, pero de manera más asociada a esa imagen estereotipada del mexicano que, con el desarrollo del turismo extranjero hacia el país, fue tomando otros derroteros, intereses y representaciones; los fenómenos de la migración, en sus dos direcciones, han tenido principal importancia en esta segunda mitad del siglo, y han dejado su impronta en la caracterización de la identidad nacional dentro y fuera de México. Identidad nacional que es interpretada de distinta manera por los diferentes grupos ideológico-políticos del país:

“...la historia de la política cultural del Estado en México en los últimos 50 años es una pugna permanente entre...dos posiciones ante los fenómenos de la nacionalidad y la cultura mexicanas...de los proyectos de definición del pueblo mexicano, el indigenista terminó ligándose...con los proyectos oficiales, mientras que el hispanismo se refugió...en el programa conservador...de la misma manera que a finales del siglo XVIII y principios del XX...estamos también en presencia de un momento clave...de cuestionamiento y derrumbe de las ideologías tradicionales y...de redefinición de nuestra nacionalidad.” (Blancarte, 1994:19-20).

A mi parecer, los medios masivos de comunicación social han intentado representar y difundir, en la segunda mitad del siglo XX, un modelo occidentalizado del mexicano; modelo que no define cabalmente a la totalidad de la población mexicana, pero que ha ido convirtiéndose en el objetivo social de amplios sectores de la misma. Cabe destacar en este apartado los actuales lineamientos del llamado *nuevo cine mexicano*, a través de los cuales ya no se proponen modelos estereotipados, sino que se intenta reflejar la realidad social, al mismo tiempo que se cuestionan o denuncian determinados elementos de la sociedad mexicana contemporánea.

Por otra parte, pienso que los discursos políticos y la educación oficial han mantenido, de manera más difusa, la perpetuación de esquemas de civismo nacional, aunque ya más identificados con el universalismo que con el mestizaje inicial de sus postulados. En esta segunda mitad del siglo XX probablemente no podría hablarse ya de arte nacionalista a la manera antes señalada; el arte mexicano ha tenido en esta etapa varias manifestaciones, algunas completamente cosmopolitizadas, otras de crítica social, y otras de identificación regional y/o nacional; pero incluso esta última variante, no tiene ya como objetivo esencial la difusión de una identidad nacional, aunque pueda, en ocasiones, justificar su labor estética dentro de una valorización de tradiciones y rasgos culturales determinados.

Encuentro como elementos formativos del fenómeno yucateco existente a principios del siglo XX, el componente étnico con su diferenciación blanco/mestizo, indígena; a la que se sumaba la estratificación socio-económica; de igual modo era elemento distintivo el aspecto lingüístico: español/maya. Unido a esto distingó factores ideológicos: conservadores, clericales, de derecha/progresistas, anticlericales, de izquierda. Los datos analizados en la presente investigación, me inclinan a señalar que el conjunto de todos los aspectos antes mencionados, evolucionó durante las etapas revolucionaria y socialista habidas en Yucatán, entre 1915 y 1924 principalmente, estableciendo diferencias fundamentales y en ocasiones antagónicas entre las clases sociales en general, y entre los sectores políticos, intelectuales y artísticos en particular; diferencias que fueron permeando los discursos literarios de esos años.

Divisiones que han sido señaladas ya por otros investigadores:

“La sociedad yucateca ha sido una sociedad drástica y violentamente dividida.” (Montalvo Ortega y Vallado Fajardo, 1997:57).

“Yucatán es una extraña piedra que contiene una sociedad despedazada. Está fracturada en clases, razas, sexos, lenguas, creencias, partidos...Las rupturas son tan profundas que en cada orilla parece terminarse el mundo.” (García Quintanilla, 1986:158).

Creo que la Revolución Mexicana y la etapa socialista yucateca establecieron categorías esenciales en los aspectos sociales, económicos, culturales y lingüísticos, que desempeñaron un papel importante en la evolución de la configuración de la identidad yucateca. Una de las manifestaciones de esta influencia la veo reflejada en el cambio semántico del término yucateco, que fue denotando y connotando, a partir de esos momentos históricos, su carácter de región

mexicana, a la vez que abarcaba en su nueva significación a todo el conglomerado poblacional de la zona, dejando de lado las diferencias étnicas, socio-económicas y lingüísticas con las que, antes de estos dos fenómenos sociales, generalmente se le asociaba. Las reformas sociales derivadas de estas dos etapas político-ideológicas señaladas, valoraron al elemento indígena maya, promovieron la cultura y la lengua mayas, favorecieron campañas de castellanización y alfabetización, propiciaron la movilidad social, permitieron el desarrollo integral del sujeto femenino; factores todos ellos que contribuyeron a la gestación de un nuevo entorno social en el que los conceptos ideológicos del momento se iban viendo reflejados, y en el que se construía socialmente una nueva categorización de la identidad yucateca. Interpretación personal que puede compararse a la de otros investigadores:

“Los cambios sociales ocurridos durante los gobiernos de Salvador Alvarado o Felipe Carrillo Puerto transformaron a Yucatán.”
(Rasmussen, 1994:109).

Pienso que la etapa del presidente mexicano Lázaro Cárdenas (1934-1940) tuvo también profundas repercusiones en el ámbito identitario yucateco, ya que la zona fue tratada como región mexicana por parte del Estado Nacional, hecho que propició la división de la población en dos sectores ideológicos: los que ya la asumían como tal y los que continuaban viéndola como zona autónoma. Los textos estudiados me llevan a interpretar que durante las décadas de los años cuarentas y cincuentas se experimentó paulatinamente una mayor cohesión en este sentido, asumiéndose el carácter regional, privilegiando los aspectos localistas, y considerando la mexicanidad con matices de una cierta resignación. En estos momentos, en las zonas urbanas, el mestizaje era ya un fenómeno con mucha mayor importancia, puesto que los grupos indígenas, mestizos y los

descendientes de los sectores migrantes formaban ya un único conglomerado social; sólo persistía como segmento diferenciador la élite blanca; en las zonas rurales convivían grupos mestizos junto a una mayoría indígena maya. Es importante señalar en este punto un elemento fundamental, principalmente para los fines de este trabajo: como resultado de la crisis económica que vivió la zona en estos años de los que se viene hablando, muchos pobladores urbanos de las clases sociales medias y altas iniciaron movimientos migratorios, principalmente a la capital del país; algunos de ellos retornarían a Yucatán décadas después y otros más se afincaron en la zona capitalina. Este fenómeno sería categorizado por los sectores yucatecos más radicales con cierta carga negativa, pues recriminarían el hecho de haber recurrido a la Ciudad de México -vista por algunos como causa de los males de Yucatán-, y utilizarían vocablos especiales para designar a los actantes del mismo: *yucahuaches*⁶³; quienes de esta manera quedarían segregados semántica y socialmente de la identidad yucateca.

Si consideramos que los cambios sociales propiciados por la Revolución Mexicana se iniciaron en Yucatán a partir de 1915 y que el socialismo surgió en 1918, pudiera pensarse que para 1938 esta sociedad habría podido ya estar plenamente integrada a la cultura nacional; sin embargo la Reforma Agraria llevada a cabo en el último año señalado sacó a flote nuevamente la honda división existente en la zona. Los grupos socialistas -que en esos momentos compartían su filiación política con la de la Presidencia de la República- abogaron por el reparto de tierras a los campesinos, en su mayoría de etnia maya en la zona yucateca. Los grupos nacionalistas-yucatecos pusieron de manifiesto su vinculación con la ideología de derecha y su apego al grupo católico, así como la defensa del sector empresarial relacionado

⁶³ En Yucatán *huach* designa al resto de los mexicanos, exceptuando Campeche y Quintana Roo; el vocablo *yucahuach* es una mezcla léxica y semántica entre yucateco y *huach*.

con las haciendas henequeneras (finca agraria dedicada al cultivo del ágave o pita) de la Entidad, e incluso, intentaron nuevamente la separación política de Yucatán. Creo importante realizar la interpretación de estos hechos -no únicamente en cuanto a su representación textual sino en términos generales-, pues aunque pertenecen a décadas pasadas, siguen de algún modo vigentes en la región, aunque diluidos ya por el paso del tiempo. Del mismo modo que continúa la valoración de la cultura maya por parte de los grupos progresistas de la zona.

“El socialismo agrario intentó rescatar y reevaluar muchos rasgos de la identidad maya.” (Montalvo Ortega y Vallado Fajardo, 1997:62).

Señalo a la década de los años sesenta como la etapa de inserción de Yucatán a la vida nacional mexicana en todos sus ámbitos; desempeñando papeles principales en este sentido la educación oficial y los medios masivos de comunicación nacionales, que irían recreando nuevos imaginarios, de manera especial en las generaciones jóvenes de la región; de igual modo repercutiría en la vida socio-cultural y económica de Yucatán su más cercana y constante comunicación con el resto del país a raíz de la creación de vías terrestres y aéreas. Fenómeno integracionista que aumentaría en las décadas posteriores.

“Desde los años sesenta la migración campo ciudad, comenzó a intensificarse.” (Montalvo Ortega y Vallado Fajardo, 1997:119).

“Durante el transcurso de los últimos años, particularmente a raíz de los terremotos de 1985 que sacudieron la ciudad de México, pero sobre todo a partir del último lustro, un sinnúmero de inmigrantes nacionales (especialmente los calificados como *huaches* y *yucahuaches*) (expresiones despectivas de la región para

referirse a los no yucatecos y a los que han emigrado de Yucatán a otras partes de México)⁶⁴ y extranjeros con sus particulares estilos de vida han arribado en busca de seguridad, pues a su decir “Mérida es una ciudad tranquila y la violencia aún es inexistente”. Han llegado a la ciudad idílica. A la ciudad blanca, de habitantes corteses, amables y serviciales; que por el tono de hablar el español acusa la ...influencia del idioma maya...en fin, es la Mérida cobijada, como dice la canción, “bajo un cielo de un azul inmaculado.” (Quezada, 2001:256).

Desde mi punto de vista la segunda mitad del siglo XX tendría nuevas directrices en el fenómeno identitario, arraigándose más la identificación de yucateco como habitante del Estado, y asumiendo poco a poco el carácter de mexicano. La región se vio asimismo como expulsora y receptora de distintos grupos poblacionales; experimentando un mestizaje cultural cada vez mayor. Terminando esta etapa con la aceptación de su regionalidad mexicana, en la que sus características antes vistas como autónomas se manejaron ya como localistas. La identidad yucateca fue extendiendo su semantización hacia todos los sectores que habitando en la región, conformaban una parte del territorio mexicano; subsistiendo su antigua significación en el imaginario de una minoría. Reconocimiento regional que no sólo interpreto como parte de la transformación social del Estado yucateco sino también del conglomerado nacional, pues Yucatán consolidó su imagen dentro del imaginario mexicano, alejándose poco a poco de su estatus de *hermana República de Yucatán* con el que era denominado desde la terminología, dominante, del centro del país -aunque todavía pueda escucharse dicha frase, denotando ahora una cierta nostalgia irónica de su anterior condición política.

⁶⁴ Las partes que aparecen entre paréntesis son aclaraciones mías al texto citado.

6.2. REPRESENTACIÓN LITERARIA DE LA IDENTIDAD MEXICANA EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX.

Los Estudios Culturales definen a la literatura como objeto cultural vivo que permite la configuración del pensamiento; y como el fenómeno que unifica dentro de sí al propio texto, al autor, al lector, y al contexto de cada uno de estos elementos. Es precisamente esta postura la que intento validar en el presente trabajo académico, al comprender a la literatura mexicana de la primera mitad del siglo XX como el conjunto de obras, autores, lectores y contextos, que participa activamente en el proceso de la construcción social de la identidad nacional y su representación literaria, al proponer modelos de la vida cotidiana que se dan por establecidos como reales, y que como consecuencia participan en la configuración de la conciencia colectiva y de las propias acciones sociales, vinculando la realidad social con la ficción literaria en varios sentidos, pues la literatura no sólo refleja la realidad social de la que forma parte, sino que participa en su misma construcción al emitir juicios sobre ella; juicios que son asimilados por los lectores, interiorizados en sus vidas individuales e integrados al imaginario colectivo.

La presente investigación me ha permitido observar cómo las obras enmarcadas dentro del campo de la ficción, se nutren de hechos reales, permiten la crítica social y proponen caminos a través de sus relatos y personajes. Todo lo cual explica la existencia de un diálogo compartido entre la sociedad y la literatura en el caso específico de la construcción social de la identidad nacional y su representación literaria. Diálogo, por un lado, entre las dos partes constituyentes: literatura y sociedad, y por otra parte, diálogo sobre el diálogo mismo, puesto que tanto la literatura como la sociedad participan en la reflexión sobre sí mismas.

Sostiene Bajtin (Arán, 1998:137) que la obra y el mundo representado en ella entran en el mundo de la realidad social y lo

enriquecen, y a su vez, éste entra en la obra y en el mundo representado en ella, tanto en el proceso de su creación como en el proceso de su vida ulterior, en la constante renovación de la obra literaria, en la percepción creadora de los oyente-lectores. En este sentido, considero que la realidad social y la literatura mexicanas han traspasado sus propias fronteras una y otra vez durante la primera mitad del siglo XX, recreándose una a la otra.

El discurso oral o el texto escrito viven para ser oídos o leídos por una recepción o lectura individual, social y cultural, a través del tiempo. El oyente y el lector tienen que pensar, para su propio tiempo, volviendo atrás su discurso, atado a la permanencia del sonido o de la letra, pero móvil dentro del lenguaje que le permite volver sobre el tiempo. En este sentido su interpretación no opera únicamente con el discurso oral escuchado o con el texto escrito leído, su aproximación a uno o a ambos está condicionada por otros discursos orales o por los textos escritos por diferentes autores, en distintas lenguas, sociedades y culturas, y en diversas épocas. Este proceso de múltiples direcciones justifica la continua relación habida entre autores y lectores, relación que se extiende hacia los llamados *transductores*, es decir, editores, traductores y/o críticos. Todo este conjunto de elementos implicados en el fenómeno literario me ha quedado de manifiesto al acercarme a los textos analizados, ya que hablamos de un grupo intelectual-artístico vinculado con el poder político del momento, hecho que justificaba su propio discurso literario.

Al tener un texto ante nosotros y entrar en contacto con él, se inicia un proceso palpitantemente vivo, diálogo que a través del silencio, afirma, niega, presupone y asienta; proceso en el que el papel del lector, estudioso o investigador es parte fundamental. En este sentido, la personal interpretación de este trabajo académico acerca del fenómeno literario mexicano aquí estudiado, es una lectura más de las muchas que se pueden llevar a cabo. A partir de la interpretación observo que el

mismo proceso literario da lugar a escritores, los cuales se comportan de acuerdo con los valores establecidos en su propia cultura a través de las diferentes instituciones sociales. Autores que utilizan y distribuyen el repertorio aprobado por el poder y que al mismo tiempo producen nuevos repertorios lingüísticos, literarios y culturales. Luego entonces, el fenómeno literario trasciende a su propia categorización, y lleva su existencia a todos los procesos sociales, desde los cuales participa en un continuo de vivencias, y en ciertos casos, de transformaciones. Los escritores son al mismo tiempo lectores, y de igual manera son receptores de los proyectos de construcción social de las identidades nacionales, y actuantes dentro de ellos. Los autores aquí estudiados demuestran, a través del discurso escrito, estar conscientes de su postura de autoridad socio-cultural dentro del entorno regional o nacional; y actuando en consecuencia expresaban opiniones, señalaban causas a ciertas problemáticas, proponían soluciones, exhortaban, condenaban, predecían, entre otras actitudes, manifestando conocer, en muchos casos, el particular mundo de lectores a los que se dirigían.

He señalado ya que la realidad social mexicana enmarcada en el siglo XX, se postuló mediante el proyecto revolucionario que propuso un nuevo modelo de sociedad mexicana, y por ende de identidad nacional. Los escritores, elementos activos dentro de esta realidad social, construyeron obras de ficción, describiéndola. Considero que de esta manera, proyecto nacional y literatura fueron conformando el imaginario colectivo de la sociedad mexicana; donde a partir de lo nacional se producían textos dirigidos a una diversidad regional, cultural, étnica y lingüística. A manera que avanzaba el siglo, la realidad social fue siendo evaluada; parte de esa crítica social fue realizada por los escritores. La visión ofrecida por ellos, sus denuncias sociales y sus propuestas se agregaron una vez más al imaginario colectivo. La sociedad actuó dentro de su realidad social; por un lado criticó y denunció, por otro lado exigió cambios y mejoras. Los sectores dirigentes intentaron ajustar el

proyecto inicial a las necesidades y a las demandas de la sociedad. La reacción social y la respuesta política fueron nuevamente tema de la literatura. La sociedad se descubrió a sí misma en los protagonistas de las obras literarias; la problemática social, los sucesos trágicos, la corrupción política, la burocratización del sistema, fueron representados a través de sus páginas. Por lo que sostengo que la realidad social fue interpretada a partir de la realidad narrada, y la realidad narrada partió de la realidad social a la cual reinterpretó.

Este reconocimiento de la participación de la literatura en el fenómeno social identitario mexicano puede apreciarse en la siguiente cita:

“...la fuerza crítica de la Revolución (Mexicana) se mudaba en...ejercicio de poder que postulaba...como objetivo de su interés: no...tanto...redefinir críticamente esa nacionalidad como de decretarla...se aspiraba...a lo que la Revolución...consideraría una *auténtica nacionalidad*. La necesidad de edificar esta “auténtica nacionalidad” propiciaría el que se considerara prioritaria, en las letras y las artes, la tarea de participar en su edificación.” (Sheridan en Blancarte, 1994:384).

De igual modo he podido observar en los textos analizados la propia concienciación de los escritores por lo que respecta a su papel como constructores de nacionalidad; ejemplo de ello es Octavio Paz, figura clave en la reflexión sobre la identidad nacional mexicana, quien en su obra *Postdata* editada en 1970 afirmaba:

“A mí me intrigaba (me intriga) no tanto el “carácter nacional” como lo que oculta ese carácter...Desde esta perspectiva el carácter de los mexicanos no cumple una función distinta a la de los otros pueblos y sociedades...La mexicanidad no es sino otro ejemplar, una variación más, de esa cambiante idéntica criatura plural una que cada uno es...me interesaba...como ahora, la crítica: esa actividad que consiste,

tanto o más que en conocernos, en liberarnos...México es un fragmento, una parte de una historia más vasta...sé que esa reflexión deberá ser una recuperación de nuestra verdadera historia...deberá enfrentarse, como su tema central, al problema del desarrollo...El tema del desarrollo está íntimamente ligado al de nuestra identidad: ¿quién, qué y cómo somos?...somos...una relación: algo que no se define sino como parte de una historia...La pregunta sobre nosotros se revela siempre como una pregunta sobre los otros...Una de las razones de nuestra incapacidad para la democracia es nuestra correlativa incapacidad crítica.” (Paz, 1999:235-239).

La recreación de la realidad social mexicana hecha a partir de los discursos literarios es posible encontrarla aun en los textos pertenecientes al género *fantástico*, más vinculado con el *Realismo Mágico*, en los cuales se describían fenómenos sociales sin vinculación expresa con el entorno mexicano, pero de fácil interpretación para el lector; como es el caso del siguiente pasaje perteneciente a la obra *El guardaguijas* de Juan José Arreola, publicada en 1952:

“...Se ve que usted ignora por completo lo que ocurre...Este país es famoso...como usted sabe. Hasta ahora no ha sido posible organizarlos debidamente, pero se han hecho ya grandes cosas...Falta solamente que...cumplan las indicaciones...Los habitantes del país así lo esperan; mientras tanto aceptan las irregularidades...y su patriotismo les impide cualquier manifestación de desagrado...” (Arreola en Menton, 1996:429-430).

He explicado en capítulos anteriores cómo el *Realismo Mágico* fue empleado como fenómeno literario latinoamericano, mezcla de tradicionalismo y occidentalización; en sus páginas podemos encontrar descripciones muy profundas de la realidad latinoamericana hechas a partir de un aparente no compromiso por parte de los autores; situación que interpreto como producto de la inestabilidad política de la zona, que generaba directa o indirectamente cierta censura en cuanto a la

denuncia social. Razón por la que palabras como *país, los habitantes del país*, pueden interpretarse como: México, los mexicanos; *no ha sido posible organizarlos, se han hecho ya grandes cosas, falta solamente que cumplan las indicaciones*, describen la situación socio-económica de subdesarrollo; *así lo esperan, aceptan las irregularidades*, tratan la temática de corrupción, pasividad y fatalismo; *su patriotismo les impide cualquier manifestación de desagrado*, juego de palabras en las que se trasluce la denuncia dentro de una terminología nacionalista.

He mencionado ya que la identidad nacional mexicana partió a principios del siglo XX de su representación mestiza homogénea y continuó hasta mediados del siglo perfilándose cada vez más hacia la occidentalización; dejando entrever su heterogeneidad y cuestionando los propios postulados nacionalistas. Hechos sociales que fueron descritos y analizados por la literatura mexicana de estos años a través de sus variadas escuelas y géneros literarios. Representación cultural, artística y literaria que fue configurando un imaginario colectivo mexicano en el que fuera posible la propia identificación. Transformación social que queda reflejada en la siguiente cita literaria del escritor Carlos Fuentes, quien en muchas de sus obras ha abordado la problemática de la identidad mexicana; en este caso me refiero a *La región más transparente* publicada en 1958:

“Mi madre -una mujer humilde- ahorró algo...Ya había paz (yo nací en 1918) cuando pude ir, demasiado grande y atrasada, a la escuela. Hice las primeras letras y luego el curso de taquimecanografía. De repente hubo más oportunidad para la gente como yo...pero se abrió algo profundo entre mi madre y yo pues ella seguía vestida con sus rebozos...y su cara...despintada...y su chongo (moño) tieso y devoto y yo ya pude usar medias de seda y pintarme la boca...ir al cine...y tratar gente distinta en la escuela; pero eso fue después, y antes sólo eran las cocinas de tiro y brasero, cocinas de molcajete (mortero) y azulejo, de las casas de antes...decidí entrar a la escuela y trabajar de mesera (camarera) para pagarme la carrera ...mi madre no entendió;

ella creía que nuestro lugar estaba hecho, que ya habíamos hecho demasiado huyendo del pueblo de Hidalgo para venir a México sin ninguna idea de lo que haríamos...a buscar trabajo aquí...y que no tenía que andar...trabajando en un café de chinos..." (Fuentes, 1999:451-452).

Al igual que los textos literarios vinculados a la identidad nacional mexicana, las obras literarias yucatecas han experimentado y reflejado el proceso identitario vivido en la zona durante el siglo XX, especialmente el gestado durante la etapa que estudio en la presente investigación: 1910-1960. En ellas he podido encontrar manifiesta la paulatina evolución socio-cultural e identitaria ocurrida en la Entidad, evolución que como he venido señalando a lo largo de este trabajo académico, interpreto como la transformación, por un lado, de la concepción nacionalista-yucateca a la regionalista, al irse asumiéndose como parte integrante de la República Mexicana; y por otra parte, la ampliación del campo semántico del vocablo yucateco, al abarcar no únicamente a los descendientes del grupo blanco conquistador, sino también a los grupos mestizos e indígenas, así como a todos los sectores inmigrantes de la zona.

Veamos la descripción que de ciertos aspectos de la transformación social han realizado algunos de los escritores yucatecos aquí estudiados; descripciones que incluyen en ocasiones la velada explicación personal de los fenómenos abordados:

"Desde entonces se hace gravitar sobre el desamparado indio maya todo el peso de la economía del Estado. Con el tiempo, el soldado español tornóse en encomendero opulento y éste en mestizo hacendado, dueño de fincas y de esclavos, en una evolución de hibridez sanguínea y racial que los ha mantenido en un complejo de superioridad." (Tommasi López, 1951:122).

“...los españoles de la época colonial trataron de sustituir las danzas mayas introduciendo y adaptando las danzas españolas al elemento indígena. Pero...poco a poco fue sumando al...baile extranjero, reminiscencias, actitudes, intenciones...puramente indias...la interrupción poética en el baile...Algunos lo atribuyen a una sobrevivencia de la cultura maya...puede tener reminiscencias hispánicas...la canción yucateca es el...resultado de una confluencia de culturas, pasadas por el tamiz de nuestra personalidad mestiza...tenía ciertos matices de culta lo que la hacía incomprendible para la mayoría de la población que entonces (fines del siglo XIX) hablaba el maya y un español rudimentario...Entre las costumbres yucatecas se observa una...que viene de nuestros ancestros mayas mezclada con la conmemoración...del Día de Difuntos...el Hanal Pixán, que se traduce por “comida de ánimas”...lo que hoy se llama cocina yucateca. Resultante de dos culturas, la maya y la hispana...constituye la comida regional...” (Irigoyen Rosado, 1993:18-19, 23-24, 30, 40-41, 55).

He señalado ya que los escritores yucatecos de esta primera parte del siglo XX pertenecían en su mayoría a las clases altas y medias de la zona, formaban parte de sectores conservadores o progresistas, perseguían distintos intereses en su quehacer literario, todo lo cual fue quedando de manifiesto al momento de crear sus obras literarias. En ellas he encontrado descripciones costumbristas, remembranzas del pasado, defensa de intereses personales y/o colectivos, denuncia y crítica social, posturas a favor o en contra del nacionalismo mexicano, exaltación de lo local, conformación de lo regional, entre otros elementos, como puede observarse en los siguientes fragmentos literarios:

Descripción costumbrista, exaltación local, conformación de lo regional.

“Más de la mitad de la población del Estado vive en la milenaria casa maya...y todavía en esta ciudad (Mérida, Yucatán) la cuarta

parte de las casas son de este tipo...Siendo cálido el clima, los meridianos levántanse temprano...En la época anterior a 1915 todas las labores daban principio a las 7 horas...Este horario está retrasado en una hora hoy en día...la cocina yucateca es de las mejores del país...El mobiliario de las habitaciones es pobre...el 95% de la población duerme en hamaca, importación de las Antillas...Tienen los meridianos el tesoro...de la cercana playa de Progreso, de las mejores del país...Sienten predilección por el cinematógrafo y por los bailes...Bailes de club hay todos los sábados, en los cuales exalta la mujer yucateca sus encantos...y después...no hay más que sentirse romántico y “llevar” a la reja de la amiga la indispensable serenata, en la que los trovadores vernáculos hacen gemir las guitarras y desgranar sus canciones tropicales.” (Ferrer de Mendiolea, 1938:113-116).

Remembranza del pasado -puede observarse, por un lado, la manera en que un suceso de 1865 es reseñado en 1945 con características redactoras casi periodísticas; y por otra parte, el hecho de referirse a la etapa Imperial, en términos positivos, nos revela la identificación de clase e ideología por parte del autor y sus lectores *ideales*⁶⁵.

“A las diez y media de la mañana del 23 de noviembre de 1865, llegó a Mérida (Yucatán), procedente del puerto de Sisal, la Emperatriz Carlota. El día 24, visitó el hospital de San Juan de Dios, el convento de las Monjas Concepcionistas y la Casa de Beneficencia. El día 25, por la mañana, visitó las escuelas públicas y particulares, y en la noche, se efectuó un suntuoso baile. El día 26, asistió a una solemne misa en la Catedral y por la tarde visitó la Ciudad acompañada de sus damas de honor. El día 27, fue huésped del Castillo de San Benito y por la noche ofreció a la sociedad de Mérida un extraordinario baile en el Palacio de Gobierno. El día 28, se le ofreció una serenata en la Plaza De Armas, donde se quemaron vistosos fuegos artificiales. El día 29, se efectuó un lucido baile de mestizas (baile y traje típicos de la zona

⁶⁵ Categoría empleada por Umberto Eco para designar a los lectores en los que piensa un autor al momento de escribir su discurso.

yucateca) en la parte baja del Palacio Municipal. El día 30, visitó la Cárcel Pública y diversos centros de beneficencia. El día 2 de diciembre estuvo en el Seminario Conciliar de San Ildefonso y el día 5 a las siete de la mañana la Emperatriz dejó Mérida. La acompañaron, además de su numerosa comitiva, casi toda la sociedad de Mérida; y el Castillo de San Benito la despidió con ciento un cañonazos.” (Cervantes, 1945:25-26).

Denuncia, crítica, defensa, regionalismo, nacionalismo-yucateco, nacionalismo mexicano.

“Ya es hora de que despertemos a la realidad y respondamos a ella como hombres dignos, como buenos yucatecos. Ya es hora de pensar cuál debe ser nuestro camino, para ir a la libertad y a la justicia que nos corresponde. Ya es hora, lector, de que definas si digo verdad o digo mentira, para que definas también tu actitud en defensa de Yucatán, es decir, en defensa tuya que eres yucateco...Ya no debemos perder el tiempo esperando que de “arriba” (de los políticos aztecas) nos llegue la rehabilitación moral y económica que estamos perdiendo a pasos rápidos. Ya es hora de que las cosas de Yucatán -lo repetiremos siempre- sean realmente de los yucatecos...Yucatán está sentenciado a vivir ¡quién sabe por cuántos años! como colonia y no como Estado Libre y Soberano, mientras los yucatecos no nos resolvamos a defender lo que es nuestro, perfecta e indiscutiblemente nuestro.” (Escoffié Zetina, 1954:191-193).

Considero que esta literatura permite observar en sus páginas todos los cambios dados en la zona durante la primera mitad del siglo XX, al igual que las diversas posturas que tomaron los escritores yucatecos ante dichos cambios. Intencionadamente o no, los escritores yucatecos de esta etapa fueron dejando plasmadas sus particulares representaciones de la realidad social por ellos vivida. Realidad y literatura que se amalgamaron al ir viviendo y codificando conceptualizaciones ideológicas a través de las cuales se designaba y

caracterizaba lo configurado como propio/ajeno. Es importante señalar en este punto que la literatura yucateca durante estos años comenzó siendo elitista y por ende de lectura minoritaria, fenómeno que fue transformándose en una mayor recepción por parte del pueblo lector a medida que evolucionaba la sociedad. Desarrollo que aunque importante, no logró permear a todos los grupos sociales; no así su lectura indirecta, que fue permitiendo la configuración de un imaginario colectivo cada vez más asumido como identidad regional.

En el siguiente pasaje, publicado en 1956, puede percibirse dicha transformación de la realidad social descrita a través del discurso literario:

“Junto a esta mi heredad en donde vivo y que se llama Ochil - paraje del zorro-, está la hacienda (finca) nombrada Zodzil...paraje o sitio del murciélago...Fue en tiempos de indios, pueblo grande...Allí se fundó una estancia de ganado que fue de conquistadores, y hace ya como un siglo que sus dueños comenzaron a sembrar henequén (agave, pita) en sus tierras...Las gentes que viven en Zodzil pasan con frecuencia delante de mi casa, y algunas veces se detienen y conversan conmigo. Así sucedió que un día encontré a Eusebio Canul, un viejo maya...Había pedido...agua...me contó muchas cosas en buena lengua maya...Nació muy lejos, en un pueblecito de indios libres, en los bosques del oriente...un día lo pusieron entre otros muchachos indios y lo trajeron a Mérida (Yucatán)...No sabe los años de su edad, pero dice que han de ser más de cincuenta...ha visto muchos cambios en las cosas y ha conocido tres generales. Uno es el general Bravo...Otro es el general Porfirio Díaz que vino a Zodzil...oyó decir de él...que todos le obedecían en la tierra grande de México...Y el tercero de los...generales que conoció...fue uno que hace pocos años vino a esta tierra una o dos veces y la recorrió por todos sus caminos y todos sus pueblos. Este general...les daba la mano a los indios y conversaba con ellos...se llamaba Lázaro Cárdenas...-dijo-...nos dio las tierras con los planteles para nosotros y para nuestros hijos...Así habló conmigo aquella tarde frente al rojo sol poniente, el viejo Eusebio Canul,

prisionero maya y hoy vecino libre del ejido de Zodzil...” (Mediz Bolio, 1987:180-183).

Ofrezco a continuación descripciones literarias que sobre lo yucateco han construido algunos de los escritores escogidos para el presente estudio, en las que pueden observarse ejemplos de la representación identitaria manejada a través de sus discursos literarios:

“A este aislamiento se debe en parte el espíritu localista del yucateco. Obligado a bastarse a sí mismo, ha modelado su espíritu con las características de las dos razas de donde proviene (se refiere a la española y la maya) y pone su empeño en superarse, con lo que encuentra satisfacción y contento” (Gamboa Ricalde, 1935:13).

“Tomando en cuenta las peculiaridades de su pueblo, Yucatán ha sido llamado “el país que no se parece a otro”. Su composición etnológica, su ambiente social, sus costumbres y su cultura, poseen un sello de originalidad que es advertido desde luego por el visitante...y que se advierte en el lenguaje, en el vestido, en la psicología popular y en casi todas las costumbres” (Orosa Díaz, 1945:78).

“El yucateco es trabajador y exquisitamente amable con el foráneo, pero carente de espíritu gregario, lo cual ha sido la mayor de sus debilidades. Pacífico por naturaleza y culto por el estudio, es también limpio en su cuerpo y ordenado en sus costumbres. Bueno es recordar que Yucatán tiene el más bajo índice de criminalidad en la República (Mexicana) y que sus campos son tan seguros como sus ciudades” (Ruz Menéndez, 1971:11).

“La grandeza de espíritu de los yucatecos, su carácter recio para el trabajo, su amor a la tierra...Yucatán es...la tierra en donde han nacido los hombres más generosos para y con los extranjeros...” (Escoffié Zetina, 1954:97, 176).

En estos fragmentos de años diferentes he podido notarse cómo, a través del discurso literario, se pasa de configurarse como país a hacerlo como parte de la República Mexicana, se habla ya de mestizaje en los términos manejados por el discurso nacionalista mexicano⁶⁶, se justifica el localismo como consecuencia del aislamiento vivido por la zona, y se idealiza la identidad yucateca. Cambios de una identidad que va transformándose en la realidad social y que es representada a través de la literatura. De igual modo he encontrado pasajes literarios que hablan de las posturas indigenistas y americanistas, las cuales tuvieron un fuerte desarrollo en México durante la primera mitad del siglo XX, y que a partir de que Yucatán fue asumiéndose como región mexicana, formaron también parte de su realidad social, y por ende de su representación literaria:

“La obra del indigenismo redentorista ofrece en Yucatán menores dificultades que en cualquier otro lugar, no sólo por la índole pacífica de los mayas y su inteligencia despierta, sino también por la homogeneidad de su raza. Además, el mestizo yucateco que actualmente posee el poder político, reconoce las buenas cualidades de los indios mayas y se considera orgulloso de provenir de los estupendos constructores de Uxmal y Chichén...” (Castillo Torre, 1946:209-210).

“Cuando el general Ávila Camacho ocupa la Presidencia de la República (Mexicana, 1940-1946), Yucatán responde al llamado de unidad nacional y coopera dentro de sus peculiaridades étnicas y económicas, al fortalecimiento de la patria...Con sentido de responsabilidad...el Estado (de Yucatán) se dedica al trabajo. Tiene fe...en la humanidad y el panamericanismo...sin tomar en cuenta fronteras...México recibirá los frutos de su sacrificio y podrá reanudar su camino en busca de una patria donde puedan vivir mejor todos y cada uno de sus habitantes.” (Orosa Díaz, 1945:62).

⁶⁶ He explicado en el capítulo tercero de esta tesis la evolución semántica del concepto mestizo en el ámbito yucateco.

El análisis de los textos estudiados me permite sostener que la identidad yucateca, asumida en los primeros años del siglo XX como distinta de la nacional mexicana, fue experimentado paulatinamente durante la primera mitad del siglo una profunda transformación, que enfrentó sectores sociales e ideologías, fragmentando la concepción identitaria de la región en diferentes conceptualizaciones de la misma. Fenómeno social que dio lugar a la conformación de una identidad regional fuertemente localista; y en el que la literatura sirvió como portavoz de diversos elementos: nacionalismo mexicano, nacionalismo-yucateco, regionalismo.

6.3. ASPECTOS SOCIOLINGÜÍSTICOS PRESENTES EN LA LITERATURA MEXICANA DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX.

Afirma Even-Zohar (1994:373-374) que a través de la literatura y de la lengua se han generado identidades, mediante la aparición de entidades socio-culturales con un propósito inicialmente político; la literatura, la posición defendida por sus agentes y su impacto en las acciones de las personas, han sido de gran importancia en el fenómeno de la construcción social de las Naciones, en la constitución de comunidades y en el fortalecimiento del sentimiento de cohesión cultural.

Concibo al texto literario como un producto cultural -además de artístico- que participa de una estrecha relación con la realidad social. Es posible entonces realizar un análisis sociolingüístico de la literatura, pues refleja claramente la interrelación existente entre la lengua y la sociedad, al presentarnos a las comunidades lingüísticas y la significación social del sistema verbal utilizado por ellas, mostrándonos las peculiaridades lingüísticas de cada uno de los grupos sociales que intervienen en el discurso literario, como pueden ser las variedades de

lengua, la diglosia⁶⁷, los sociolectos⁶⁸, los repertorios lingüísticos y los desplazamientos de código.

Si como ya he señalado, el lenguaje es factor importante en la construcción de la realidad social y medio de expresión de la literatura, su análisis no puede entonces quedar sin abordar. Por otro lado, si en el presente estudio vinculo lo social con lo literario, el acercamiento al lenguaje debe hacerse a través de su dimensión social. He mencionado ya que mediante el lenguaje y los procesos de la significación, entre otros elementos, construimos socialmente la realidad; de igual manera, la literatura intenta reflejar, interpretar o inventar la realidad social, por la vía del lenguaje. Por lo que, al hablar de las transformaciones que ha experimentado la literatura en el siglo XX, considero que no es posible dejar de lado el aspecto lingüístico. Pues creo que ha sido precisamente esta época la que ha visto cómo la presencia del lenguaje considerado no culto, no canonizado o marginal, se hacía presente en sus páginas literarias.

Por otra parte, el lenguaje ha sido elemento importante dentro de los proyectos de identidad nacional; pues mediante regionalismos o modismos propios de la cultura o del país, se han significado realidades, a partir de las cuales se han establecido semejanzas y deducido diferencias. Sostiene Even-Zohar (1994:363-364) que para un miembro de una comunidad, existe un repertorio cultural bien definido, íntimamente ligado a las actividades textuales, e interiorizado de tal forma que constituye parte de la propia imagen del individuo, a la vez que le proporciona un sentimiento de identidad; fenómeno que queda de manifiesto al comparar los códigos lingüísticos mexicano y yucateco, y percibir sus diferencias léxicas y morfosintácticas, en el discurso escrito, y también fonéticas en el discurso oral.

⁶⁷ Variación lingüística que depende de los contextos formales o coloquiales en los que se lleve a cabo.

⁶⁸ Variaciones dialectales correspondientes a los grupos sociales.

Siguiendo con el mismo recorrido histórico-literario que he realizado en apartados anteriores a este, intentaré visualizar la caracterización sociolingüística que pueda estar presente en la literatura mexicana de la primera mitad del siglo XX, y que por ende participe de la representación de la identidad.

He afirmado ya que en la literatura de la Revolución Mexicana el lenguaje fue uno de los factores fundamentales, ya que buscó retratar el habla del pueblo, con su jerga particular, modismos, palabras en lenguas indígenas y vocablos altisonantes.

Martín Luis Guzmán en el relato *La fiesta de las balas* de su obra *El águila y la serpiente* publicada en 1928, ofrece un ejemplo del habla popular mexicana, circunscribiéndose al norte del país y al mundo revolucionario:

“...¿Qué hubo con esos?...Parece que ya vienen ay...¡Traidores! ¡Jijos de la rejija! ¡Ora vamos a ver qué tal corren y brincan! ¡Eche usted p'allá, traidor!...¡Ándeles, hijos: que nomás yo tiro...” (Guzmán en Menton, 1996:233, 235).

La Teoría de los Polisistemas explica el concepto de *repertorio* como aquel mediante el cual se logra la identificación y/o descubrimiento de las identidades colectivas; factor que encuentro presente en la literatura que aborda las temáticas agraria, rural e indigenista, pues concibe, representa y refleja a la lengua como factor determinante para lograr la descripción exacta del fenómeno social en su conjunto.

A mi parecer, uno de los elementos principales en la literatura agraria, es la representación que del habla popular logran sus escritores; al reflejárnosla como el sistema social de comunicación que se encuentra constantemente modificado por diversas características, como pueden ser la naturaleza, la tecnificación, y la normativa legal que regulaba todo el proceso agrario. En estos discursos literarios podemos

encontrar fenómenos como la lealtad lingüística, las lenguas especiales, la planificación lingüística, el multilingüismo, la lengua nacional, los cambios lingüísticos, el proceso de socialización dado a través de la lengua, las expresiones lingüísticas vinculadas a las normas sociales, el control social, la solidaridad, el proceso de la adquisición de la lengua, los repertorios lingüísticos, y el fenómeno de las lenguas en contacto.

El escritor Juan Rulfo en el cuento *¡Diles que no me maten!* de su obra *El llano en llamas* publicada en 1953, nos recrea el mundo rural y agrario de la parte central de México:

“...Anda, Justino. Diles que tengan tantita lástima de mí. Nomás eso diles...Justino se levantó de la pila de piedras en que estaba sentado y caminó hasta la puerta del corral...cuando la sequía, en que vio cómo se le morían uno tras otro sus animales hostigados por el hambre...su cuerpo había acabado por ser un puro pellejo correoso curtido por los malos días...Allí en la tierra estaba toda su vida. Sesenta años de vivir sobre de ella, de encerrarla entre sus manos, de haberla probado como se prueba el sabor de la carne...la milpa (tierra para el cultivo del maíz) comenzaba a marchitarse. No tardaría en estar seca del todo.” (Rulfo, 1996:101-103, 105, 107-108).

Considero que en la literatura indigenista se perciben las características culturales, sociales y psicológicas del lenguaje, ya que nos refleja la cosmovisión de los pueblos indígenas y su particular uso de la lengua. En estos discursos literarios está representada la lengua oficial de México: el castellano, lengua vinculada a la enseñanza formal del sistema educativo mexicano; al igual que lo están las lenguas indígenas, ya en forma de sustrato lingüístico, como transferencia, interferencia o convergencia lingüística, como alternancia de lenguas, cambio de códigos lingüísticos, mezcla de lenguas, cambios situacionales, metafóricos, oracionales o intraoracionales.

El escritor Jorge Ferretis en su obra *Hombres en tempestad* publicada en 1941, nos deja ver un ejemplo de lo anteriormente señalado:

“Al pie de uno de aquellos árboles...hay un bulto...más oscuro que el color de la corteza...es tata (tratamiento de respeto) José, envuelto en su cobija (manta) de lana, y encucillado...En una choza de enfrente, se comienza a ver lumbre entre los carrizos...una mujer, sentada sobre sus talones, en el suelo. Sopla y sopla sobre los rescoldos, hasta hacer que ardan unas ramas secas que rompía con las manos...Del mismo jacal (choza) se ve salir luego una sombra friolenta. Es el hijo...Anoche oí al tío Jesús...Oí que dende ajuera le pidía un güey...¿Y se lo emprestó?...Pos sí, pa'que acomplete su yunta...¿Y'hora con qué barbechamos nosotros?...Jesús 'ta mucho más atrasao que nosotros. Nu ha preparao tierras. Y yo nu iba a negarle mi güey josco.” (Ferretis en Menton, 1996:245-246).

Desde mi punto de vista, la literatura urbana presenta el conjunto de las variedades lingüísticas que constituyen dicho ámbito social, y la relación de cada una de ellas con las características sociales de aquellos sectores que conforman las urbes. Ya he señalado la mezcla de tradicionalismo y occidentalización que caracteriza, entre otras cosas, a las ciudades latinoamericanas; mezcla que observo en la literatura urbana mexicana al percibir en su discurso escrito los modismos propios de la época, los préstamos lingüísticos, el uso de vocablos de origen indígena, los tecnicismos, la diversidad de repertorios lingüísticos utilizados dependiendo de los diversos sectores sociales, edades o género. Explica Bajtin (Villanueva, 1995:20-21) que el dialoguismo implica una heterofonía o diversidad de voces, una heteroglosia o distintos niveles de lengua, y una heterología o alternancia de tipos discursivos; todo lo cual genera una multiplicidad de visiones e interpretaciones de la realidad, y permite la expresión sincrética de la conciencia dialéctica de una época. Fenómenos que

percibo en la literatura urbana, al confluír voces de distintos orígenes, sectores e ideologías, en situaciones espacio-temporales diversas.

Un ejemplo de esta narrativa urbana lo encontramos a continuación en la obra *Aura* de Carlos Fuentes publicada en 1962:

“...mientras caminas a la esquina. Esperas el autobús, enciendes un cigarrillo...El autobús se acerca...Metes la mano en el bolsillo...escoges treinta centavos, los aprietas con el puño y alargas el brazo para tomar firmemente el barrote de fierro del camión (autobús)...saltar, abrirte paso, pagar los treinta centavos, acomodarte difícilmente entre los pasajeros apretujados que viajan de pie, apoyar tu mano derecha en el pasamanos, apretar el portafolio (cartera) contra el costado y colocar distraídamente la mano izquierda sobre la bolsa trasera del pantalón, donde guardas los billetes.” (Fuentes, 1997:12).

Al decir de la Teoría de los Polisistemas, los escritores pueden ser defensores y distribuidores del *repertorio* que el poder sustenta, o creadores de *repertorios* propios, e interferir de esta manera en los procesos sociales. Por su parte, la Sociolingüística define al habla como un mecanismo de control, vehículo de demanda social, medio de socialización, y factor simbólico de la solidaridad grupal. En este sentido, opino que los escritores mexicanos de la primera mitad del siglo XX utilizaron en sus textos literarios los códigos lingüísticos de los diversos sectores socio-culturales del país, con lo que intencionadamente o no, involucraron su quehacer estético con la formulación de un *repertorio* lingüístico nacional que representara al conglomerado mestizo pensado por el proyecto nacionalista, que al ir pasando a formar parte del imaginario colectivo fue asumiéndose como imagen identitaria del pueblo mexicano en su conjunto; fenómeno que se dio con más fuerza a nivel nacional pero que también estuvo presente en las comunidades regionales; siendo Yucatán una de estas zonas donde parte importante de la identificación socio-cultural quedaba

reflejada en el uso de la variante lingüística denominada *español yucateco*. Ejemplos de esta variedad lingüística, específicamente en el uso de vocablos particulares (subrayados dentro de las citas), pueden observarse en los siguientes fragmentos literarios:

“Aquel gentío de afuera se apelotonaba y se oprimía para gustar (mirar) del baile...Fue una noche radiante, que con seguridad no habrán olvidado los yucatecos que sobrevivan a aquel carnaval. Y todo con el lujo que en ese tiempo (antes de la llegada de la Revolución Mexicana a Yucatán, en 1915) se gastaba...” (Rosado Vega, 1947:106-108).

“Quien contemple desde cierta altura el panorama de la ciudad de Mérida (Yucatán), quedará pasmado ante el impresionante número de veletas (torre de metal con aspas utilizada para extraer agua con la fuerza del viento)...que se presentan a su vista, semejando extraordinario y apretado bosque. Por la presencia de más de 25,000 de esos gigantes girasoles mecánicos, Mérida adquirió el sobrenombre de “Ciudad de las Veletas.” (Ruz Menéndez, 1971:11).

“Durante el verano la gente abandona la ciudad (Mérida) y se va a las playas cercanas (parte norte del Estado de Yucatán)...Las temporadas (vacaciones de verano) duran casi siempre dos o tres meses: de junio a agosto...Resolana y resistero son palabras que se usan mucho en mi pueblo (Yucatán)...pero...tienen diferente valor. Resolana es recibir directamente los rayos del sol; en tanto que resistero es estar expuesto sólo a su reflejo.” (Abreu Gómez, 1968:132, 156).

Es una constante en las descripciones culturales, artísticas y científicas del Yucatán del siglo XX el hacer mención de la variación dialectal del español hablada en Yucatán, la cual incluye elementos

gramaticales de la lengua maya⁶⁹. Sin embargo, he podido observar a partir de los textos estudiados que en la literatura anterior al citado siglo es prácticamente nula la presencia de estos recursos lingüísticos en las obras yucatecas, limitado en la mayoría de los casos a topónimos, nombres propios y apellidos. Si en la cotidianidad oral fueron utilizadas las lenguas española y maya por muchas de las capas sociales de la zona, este fenómeno se transformaba en la sola utilización del castellano para su representación escrita, además de emplear una variedad culta, que probablemente limitaba el círculo lector; cabría preguntarse al respecto si el hecho en sí pudo haber sido intencionado, en un afán de mantener a la literatura dentro de un círculo minoritario y elitista, o simplemente era reflejo del entorno socio-literario del momento. De igual manera, encontré a partir de la investigación que con el inicio de la etapa revolucionaria en Yucatán (1915), y probablemente por los cambios motivados por ella, fueron surgiendo elementos lingüísticos del *español yucateco* (español/maya) en las obras literarias, con intenciones de rescate, descripción, valoración y/o interés academicista. Podemos ver un ejemplo de este sincretismo lingüístico (vocablos subrayados dentro de las citas) en los pasajes literarios presentados a continuación:

“Las indias bordan con xocbichuy (vocablo maya -xokbil chuuy- utilizado para referirse al bordado denominado *punto de cruz*) las cenefas que engalanan la orilla y las mangas de sus hipiles (vestimenta femenina)...Cuando en el lomo del lec (vocablo maya -leek- que recibe una planta de frutos redondos utilizados para guardar alimentos) se graba el nombre de su

⁶⁹ Puedo mencionar entre otras investigaciones: *El español que se habla en Yucatán*, de Víctor Manuel Suárez Molina, publicado en 1945; *Interinfluencia de la lengua maya con el español de Yucatán*, de Antonio Mediz Bolio, publicado en 1951; *Hibridismos en el habla del yucateco*, de Jesús Amaro Gamboa, publicado en 1979; *Estudios sobre el español de Yucatán*, de Juan M. Lope Blanch, publicado en 1987.

dueña...entonces ya no es un cacharro sino una prenda de amor” (Abreu Gómez, 1968:130, 146).

“...la cocina yucateca...usa muchas especies...Los platillos...son: pavo...en relleno...y en chilmole...pavo de monte en kabik o en kool. Venado en...en salpicón o tzic...en dzanchac...Pollos en pibil...Armadillo en xpachpib. “Jaleb” o Tepeiscuintle...“Quitam” o puercoespín...Pámpano en pocchuc. Mero en macúm, tikinchic o chechac...Huevos a la motuleña. Chulibul. Taquitos de huevo con salsa de pepita (papadzul)...Tamales de muchas clases: holoch, xpelón, sacah, chanchames...de gallina “mucbilpollos”. Entre las salsas...la hasikilpac (pepita de calabaza con tomate), el chile habanero y el max. De licores regionales sólo hay: anisados “xtabentún”...pixoy...” (Ferrer de Mendiola, 1938:114-115). El propio autor entrecomilla o explica algunos de los términos por él empleados al referirse a la gastronomía yucateca.

Creo que el género literario en el que más fidedignamente se puede encontrar el uso del *español yucateco* es el del teatro regional -al que me he referido en el capítulo anterior-, en el que abunda la presencia de vocablos mayas junto al léxico castellano, así como una morfosintaxis en la que es posible observar la influencia de una lengua sobre la otra, en sus dos direcciones. Baste como ejemplo de ello el propio título de algunas de las obras del teatro regional: *La Aparición de la Xtabay* (Álvaro Zavala, 1919); *El Uinic Turista* (Alejandro Cervera); *El Chechen* (Alfredo Tamayo); *Solicito Cocinera y Chichihua* (José Talavera); *Xchepita Piña* (José Talavera); *El Debut de la Xmendoza* (José Talavera); *El frijol de la vieja xplut* (Sotero López, 1919); *Coox Virar* (Francisco Sánchez, 1919); *Xix de Sebo* (José T. Castillo); *Santa xcriseta* (José Talavera); *La xpusita* (José Talavera). Cabe suponer que los elementos fonéticos y fonológicos de esta variedad lingüística se encontraban presentes al momento de la representación teatral, dando

lugar a la pronunciación del castellano con la entonación maya, fenómeno todavía habitual en algunas zonas y sectores de la región.

Menciona al respecto el escritor Alejandro Cervera Andrade: "(En el teatro regional yucateco)...empleamos en nuestros coloquios habituales vocablos mayas castellanizados...y por la costumbre de intercalar en las frases palabras mayas." (1947:61).

Considero que los géneros narrativos presentaban también, aunque en forma menor, elementos de este sincretismo lingüístico. Siendo la poesía y el Ensayo los géneros literarios en los que esta representación se limitó generalmente al uso de nombres propios, apellidos y topónimos en lengua maya, utilizando la variedad culta del castellano de forma mayoritaria. Haciendo referencia a la obra narrativa y poética de algunos de los escritores yucatecos, puedo señalar los siguientes títulos que reflejan el manejo de vocablos en lengua maya en el sentido anteriormente señalado: *La Conjura de Xinum*; *Canek, Historia y Leyenda de un Hombre Maya*; *Zamná, el Místico*; *Nachi Cocom, el Héroe*; *Las Leyendas del Popol Vuh*, obras narrativas de Ermilo Abreu Gómez; *Las Cuatro Colmayel: las Madres de las Flores*, poesía y, *El Libro del Chilam Balam de Chumayel*, traducción al castellano, de Antonio Mediz Bolio; *Xkokolché, El Sueño de Chichén Itzá*, obras poéticas de Luis Rosado Vega; *Nicte-Há*, novela de Álvaro Gamboa Ricalde.

Es precisamente en el género del Ensayo donde he podido observar, quizá de forma más manifiesta, los recursos estilísticos canónicos empleados por los escritores yucatecos, así como el constante manejo ideológico de conceptos nacionalistas-yucatecos, nacionalistas mexicanos, regionalistas, separatistas, localistas, etnocéntricos, diferenciadores, incluyentes y/o excluyentes, a través de los cuales se refleja el importante proceso identitario vivido por la sociedad yucateca durante la primera mitad del siglo XX. Ofrezco algunos ejemplos al respecto:

Recursos estilísticos canónicos, uso de un castellano formal, empleo de apellidos en lengua maya.

“La ofrenda que traigo es algo de lo más querido para mí, cual es la génesis de mi ciudad natal, de la muy noble y muy leal ciudad de Mérida (Yucatán), cual reza la ejecutoria de sus blasones, la ciudad de mis amores, la ciudad de mis ensueños, la cálida ciudad de los poetas y de los trovadores donde todo convida al romance con sus ambientes de leyendas coloniales y de epopeyas mayas engarzadas en sus añejos pórticos, en sus celosas ventanas, en sus delineadas calles, en sus místicos templos, en sus misteriosos conventos y en sus aventurados barrios, donde se adivinan episodios arrancados del historial de hidalgas proezas de la raza de los Cides Campeadores en la tierra de los bravos Itzáes”. (Rubio Mañé, 1935:9).

Nacionalismo-yucateco, separatismo.

“Las diferencias políticas entre Yucatán y México, a pesar de todo, culminaron en su reincorporación a la República (Mexicana en 1848)...no obstante ser dos pueblos distintos. Y las diferencias políticas entre Mérida (Yucatán) y Campeche, terminaron con la total separación de ambos (en 1858), no obstante ser originariamente hermanos en raza, historia e intereses.” (Escoffié Zetina, 1954:69).

Nacionalismo mexicano, inclusión.

“La liberación del jornalero del campo fue, sin duda alguna la primera piedra del gran edificio socialista de Yucatán y la más noble semilla que cuidaron que germinara, amorosamente, los revolucionarios (mexicanos; 1915-1924).” (Gamboa Ricalde, 1935:257).

Etnocentrismo, diferenciación, exclusión.

“Pienso que un destino más poderoso y más justo, forzó la tierra, torciéndola, como formando una garganta, colocando sobre ésta a Yucatán, de frente al mar, gallardamente, simbólicamente, ya que casi todas las Penínsulas miran al sur y la nuestra mira al norte; y ya que, al darnos un lugar para vivir y trabajar, nos puso unos grados más arriba que la misma Ciudad de México. Esta mayor altura es, también, simbólica. Yucatán, pues, hijo predilecto de la Naturaleza que nos dio un puesto de distinción. Tiene la blancura de sus extensos arenales que pueden estimarse como la patente del alma de su pueblo: alma blanca, limpia, pura, amigable, fraternal, inmensamente generosa ¡Estoica hasta lo increíble!” (Escoffié Zetina, 1954:5-6).

Regionalismo, mestizaje, localismo.

“En Mérida, la capital del Estado (de Yucatán), se formó el mayor centro cultural español moderno y a medida que se va uno adentrando en el interior y alejando de la influencia meridana, lo núcleos de población van siendo mayormente indios y los usos españoles se van substituyendo por los usos mixtos indo-españoles...las clases sociales...eran dos únicamente: la alta o superior...formada por los españoles y sus descendientes y la clase baja o inferior, en su mayoría formada por gentes de sangre india...características de la sociedad yucateca en 1910...” (Gamboa Ricalde, 1935:25, 27).

Los textos analizados nos presentan el particular uso de la lengua en el discurso escrito; uso al que percibo como reflejo del entorno ideológico y socio-cultural de la zona, y que al mismo tiempo interpreto como partícipe en la construcción social de la identidad yucateca al influir, mediante la lectura directa o indirecta, en el imaginario de esta sociedad. Registros lingüísticos que configuraron los diversos *repertorios* utilizados durante la transformación social que, a mi modo de ver, experimentó Yucatán en la primera mitad del siglo XX, iniciando con

una terminología muy matizada por la semantización de diferenciación étnica y exaltación del nacionalismo-yucateco, y evolucionando hacia la de mestizaje, nacionalismo mexicano y regionalismo yucateco.

6.4. CONCLUSIÓN.

Después de haber realizado un acercamiento a la configuración del fenómeno identitario mexicano y dentro de él, del yucateco, he presentado fragmentos literarios que corresponden cronológicamente a los diversos momentos artísticos habidos en la primera mitad del siglo XX en México, para apreciar las características de representación literaria que pudieran existir en dichos discursos escritos.

En esa espacio-temporalidad, percibo a la construcción social de la identidad mexicana estrechamente vinculada a los círculos intelectuales que sostuvieron a los teóricos nacionalistas de la Revolución Mexicana. La imagen estereotipada del mexicano que surgió de estos sectores fue una caracterización homogénea con la que se pretendía unificar la identidad nacional, al mismo tiempo que se omitían o marginaban las identidades regionales del país.

Considero que la educación, el arte, la política y los medios masivos de comunicación social contribuyeron al fortalecimiento y difusión de dicho estereotipo. Sin embargo, a pesar de la intención de homogeneización de la imagen del mexicano, sus propios postulados encontraron diversas interpretaciones, pues coexistieron ideologías hispanistas, indigenistas y americanistas que elaboraron categorizaciones con matices diferentes y en ocasiones contrarios.

Al margen de estos hechos, opino que las identidades regionales existentes en el país seguían sus propios cauces; el caso yucateco presenta particularidades en este sentido, por un lado había desarrollado una identidad propia y distinta de la mexicana, que descansaba en una interpretación hispanista de su grupo social. Este

conglomerado mantenía una diferenciación étnica con respecto a la población indígena maya de la zona, y un distanciamiento de la Nación mexicana al considerarse como Nación yucateca.

A mi parecer, los hechos sociales ocurridos durante la primera mitad del siglo XX en Yucatán -la Revolución Mexicana (1915), el socialismo (1918) y la Reforma Agraria (1938)- junto con otros fenómenos como el migratorio, en sus dos sentidos, permitieron la reconfiguración de la identidad yucateca. A la interpretación hispanista se unió la indigenista y, en menor medida, la americanista. Todo lo cual permitió la construcción social de una identidad regional; que conservó en pequeños colectivos la antigua imagen nacionalista-yucateca, que fue transformándose en la mayoría de los casos en simple exaltación localista.

Creo que, en este sentido, el fenómeno lingüístico desempeñó un importante papel, pues a través del uso coloquial de la lengua se perfilaron categorías sociales y regionales que definían a los grupos humanos. El llamado *español yucateco* presentaba diferencias notorias con respecto al *español estándar mexicano*; diferencias que se manifestaban principalmente en el empleo, junto al castellano, del léxico, la morfosintaxis y la fonética mayas.

El análisis de los textos me ha permitido observar cómo la literatura nacional mexicana desarrolló manifestaciones que iban acordes con las corrientes artísticas mundiales del momento, al mismo tiempo que aportó estilos literarios propios. Sin embargo la literatura yucateca parecía mantener sus raíces en la cultura europea y en estilos literarios de siglos anteriores al XX, participando en poca medida de los movimientos literarios nacionales de la época. Considero que paralelo a estos hechos, y a partir de la transformación social experimentada en la zona durante la temporalidad aquí estudiada, se dio el desarrollo de una literatura regional que como consecuencia de ello fue involucrándose a la nacional, aunque sin perder sus rasgos localistas.

A través de la representación literaria de la identidad mexicana y de la identidad yucateca he podido analizar cuán diferentes eran estas dos construcciones sociales en esos momentos históricos, las diversas posturas artísticas que mantuvieron sus miembros y los distintos objetivos que perseguían con sus obras literarias. De igual modo me queda de manifiesto, a través de sus páginas, la transformación paulatina que la identidad yucateca iba experimentando, pues me ha sido posible encontrar en los pasajes estudiados en la presente investigación, la presencia de ideologías nacionalistas-yucatecas, etnocéntricas, de exclusión étnica, separatistas, junto a manifestaciones indigenistas, americanistas y nacionalistas mexicanas. Lo que me permite concluir que la representación literaria refleja la evolución de la identidad yucateca hacia su configuración regional.